

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE SANTA MARÍA VIRGEN

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

8 de diciembre de 2008

Gn 3, 9-15.20; Ef 1, 3-6. 11-12; Lc 1, 26-38

La Iglesia, al contemplar a María en su Inmaculada Concepción, exclama maravillada: ¡"Que bella eres, y que encantadora!" (cf. II Vísperas de la solemnidad). Y no lo dice refiriéndose fundamentalmente a su belleza física, aunque, sí que le es apropiado el elogio de la esposa del Cantar de los Cantares, "soy morena, pero hermosa" (cf. Ct 1, 5), tal como cantan nuestros escolanes y vemos reflejado en nuestra Imagen venerable de Montserrat. La Iglesia, el Pueblo cristiano, admira la belleza de la Madre de Jesús y se siente cautivada porque se da cuenta de que se trata de una belleza espiritual única. Y de una belleza que no solamente se refiere a María sino que constituye un objetivo y una vocación para la humanidad entera, desde el momento en que Santa María personifica la realidad más plena. Efectivamente, la belleza que resplandece en María ya desde los inicios de su concepción, no es una belleza superficial, externa, sino una belleza interior. Esta belleza es fruto de la acción del Espíritu Santo y en virtud de la gracia salvadora de Jesucristo, *el más bello de los hombres* (Sal 44, 2). Él, sin embargo, en la cruz se despojó de toda belleza física para que resplandeciera la belleza del darse totalmente, la belleza del amor que es más fuerte que el mal y que la muerte. De esta belleza, que es divina, es un reflejo la belleza de Madre de Dios.

De hecho, las lecturas que acabamos de escuchar nos han mostrado dos situaciones bien contrastadas de la experiencia humana. Por una parte, el relato del libro del Génesis nos ha presentado la situación de mal y de desorden fundamental de la humanidad, cuando se deja llevar por su autosuficiencia y por sus deseos egoístas; una situación orientada a la infelicidad y a la muerte. Es, por lo tanto, una experiencia privada de sentido, que no abre horizontes infinitos ni se hace atrayente. Al contrario, deja el ser humano con heridas profundas abiertas y también sin poder satisfacer su nostalgia de absoluto y de felicidad; lo cierra en un horizonte que es asfixiante para quien tiene deseo de infinito. En una palabra, es una situación que no tiene nada de la armonía y de la belleza que Dios quería para la humanidad.

Por otra parte, el relato del evangelio nos ha presentado una situación del todo diferente. María dice sí al plan divino de restauración y de salvación de la humanidad. Y éste sí abre unas posibilidades llenas de vida y de sentido que hemos encontrado descritas en el fragmento de la carta a los efesios. Este plan divino satisface la nostalgia que tiene el corazón humano de un absoluto, de una apertura al infinito, de una felicidad plena. El sí de María a ser la madre de Jesús, el Mesías, abre la puerta a curar las heridas de la humanidad, hace bella la vida y le otorga una plenitud insospechada. El desbarajuste descrito por el fragmento del libro del Génesis que hemos leído y que constatamos cada día en nuestro mundo, tiene un camino de superación en Jesucristo; un camino de superación que es anticipado ya en el inicio de la existencia de la que tenía que ser la Madre: María. Ella disfruta de la armonía interior y de la belleza que Dios quería para la humanidad. Y eso, que ella obtiene por una gracia singular, nosotros podemos participar por medio del bautismo y de una vida de fe que se haga operante por la caridad. María es bella por su disponibilidad confiada en el plan de Dios; es bella por su esperanza en el Todopoderoso que es capaz de cambiar todas las situaciones negativas; María es bella por su caridad que la mueve a la solidaridad hacia todo el mundo hecha plegaria y hecha servicio; es bella por su virginidad y su maternidad, por su plenitud de gracia, por su vida evangélica configurada en la de Jesucristo, por su santidad.

La Concepción Inmaculada de la Virgen María es, pues, el inicio del restablecimiento de la belleza humana querida en la creación. Por eso he dicho que la fiesta de Inmaculada Concepción hace referencia a Santa María pero también a nosotros, a toda la humanidad llamada a entrar en este plan maravilloso de alegría y de plenitud que Dios ha dispuesto al elegirnos en Cristo *ya antes de crear el mundo*. En esta elección toda focalizada en Jesucristo, tenía que ocupar un lugar particular e irrepetible su Madre. Ella --con su vida particularmente admirable, bella, desde los inicios de su existencia a causa de la santidad original que le es otorgada-- es la más perfecta ilustración de cómo configurarse con la belleza espiritual de su Hijo. Ella, plenamente mujer, constituye al testimonio más luminoso y más atractivo de la belleza de ser persona humana según la imagen de Jesucristo.

¿"Qué belleza salvará el mundo"? se preguntan muchos todavía hoy con el pensador ruso Dostoievski (cf. *El idiota*). El mundo en que vivimos tiene necesidad de belleza, de sentido, de apertura trascendente, para no caer en la desesperación y de poder superar tanto odio, tanta violencia, tantos asesinatos, tantos derechos pisados, tanta hambre y tanta pobreza. María nos enseña la belleza de salir de uno mismo, renunciar al propio egoísmo, y de abrirse a Dios y a los hermanos de humanidad para estar atentos a todo tipo de sufrimiento y detenerse a hacer el bien a tantos hombres y mujeres heridos de muchas formas que encontramos en el borde de nuestro camino. Inseparablemente unido al compromiso que lleva a transformar el entorno, María nos enseña a acoger plenamente en el corazón y en la mente la luz y la belleza de la santidad de Dios para que ilumine y guíe nuestras acciones cotidianas para encontrar ya desde ahora la paz y hasta la alegría profundas en todos los momentos de nuestra vida. Y de esta manera poder transmitir a nuestros contemporáneos el gozo de vivir en la justicia y el amor (cf. *Via pulchritudinis* del Pontificio Consejo para la Cultura, 2006).

"¡Que bella eres, y que encantadora!" Alabemos hoy de una manera particular a la Madre de Dios y proclamemos que es bienaventurada por la belleza espiritual que el Todopoderoso le ha concedido desde su concepción, desde el inicio de su existencia. Y ahora dispongámonos a entrar en lo más íntimo de nuestra celebración en la que el Hijo de Dios e hijo de María renueva para nosotros la belleza de su sacrificio de amor para que reencontremos la armonía de nuestra persona y nos sintamos llevados en la vivencia de la fe, a la esperanza de la restauración de todas las cosas en Cristo y al servicio de nuestros hermanos, imitando la disponibilidad de Santa María.